

SUEÑO Y ACCIÓN

Á MI BUEN AMIGO J. L. DIAZ BÁRCENAS.

CADA vez que me acuerdo del portentoso drama de nuestro Calderón *La vida es sueño*, recuerdo siempre con pasajes de éste uno de los pasajes de Shakespeare de los más famosos y más preñados de sentido.

De Calderón me acude á la memoria aquello de:

Esto es sueño; y pues lo es
soñemos dichas ahora
que después serán pesares

y lo de

Soñemos, alma, soñemos
otra vez, mas ha de ser
con atención y consejo
de que hemos de despertar
deste gusto al mejor tiempo

y lo otro de

A reinar, fortuna, vamos
no me despiertes si duermo.

Los versos de Shakespeare, conocidísimos, son estos:

"We are such stuff
as dreams are made of and our little life
is rounded with a sleep."

En el *Sartor Resartus* de Carlyle es donde mejor puede verse desarrollado este último pensamiento; el libro todo del genial imaginador apenas es sino glosa de ese texto.

Y adviértase desde luego la honda diferencia que media entre la afirmación del español de que la vida es sueño, nuestra vida y no nosotros que la vivimos, y la afirmación del inglés de que estamos hechos, nosotros, de la misma madera que nuestros ensueños, que somos ensueño nosotros.

Afirmase el individualismo más poderoso en Calderón que no en Shakespeare; para este somos nosotros mismos un sueño, para aquel soñamos la vida. Ocurríese á uno pensar leyendo la sentencia shakespeariana que somos los hombres y es el universo todo que nos rodea y envuelve ensueño de Dios y que en el momento en que Dios despierte tornaremos todos á la insondable nada, que es la divina vigilia. Y ocurre pensar leyendo la sentencia calderoniana que es Dios mismo quien dentro de nosotros sueña la vida y que al despertar de esta habremos de encontrarnos en el insondable seno de la Divinidad, unos con él.

Mas, dejando tales ensueños, el caso es que fuimos grandes los españoles cuando con mayor abinco soñamos nuestra vida viviendo nuestro sueño, y que han sido los ingleses grandes cuando más se han adelantado en la madera de los sueños de que están hechos.

El sustancioso novelador venezolano Manuel Diaz Rodríguez, hablándonos en su hermosa novela *Sangre patricia* del protagonista Julio Arcos y de su estirpe—estirpe española—nos dice que "desde el origen su familia había venido en hazañas múltiples despilfarrando su capacidad para la acción; y así como ésta disminuía, bien podía en grado igual y de insensible modo, haber venido aumentando su capacidad para el sueño." Y añade: "En verdad, una estirpe guerrera, al través de muchas generaciones, apenas había consagrado al sueño breves pausas y raros individuos. De todos los Arcos, numerosos como un ejército, apenas hubo dos que penetraron el secreto de la miel escondida en la copa insondable y azul del ensueño." Y más adelante dice que "la capacidad para el sueño, sin empleo ninguno, había venido tal vez acumulándose."

Antes de proseguir y comentar estos pasajes tengo que repetir una observación que ya antes de ahora ha sido varias veces hecha y es la de que nuestra lengua castellana no tiene más que un solo sustantivo para expresar la acción de *dormir* y la de *soñar*, confundiéndonos en nuestro vocablo *sueño* los dos tan distintos sentidos de las voces francesas *sommeil* y *réve* ó de las inglesas *sleep* y *dream*. Por esto han adoptado algunos la voz *ensueño* para expresar la acción de soñar—sacando á aquel vocablo de su sentido vulgar y corriente—y reservando sueño para el acto de dormir.

Ahora bien, en el pasaje citado de *Sangre patricia* una vez parece oponerse á la capacidad para la acción la capacidad de dormir, y otra vez la capacidad de soñar. En lo que á lo primero, á la capacidad de dormir, respecta, es muy posible que la casta española esté reponiendo en un largo y letárgico sueño las fuerzas que derrochó en violenta acción conquistadora. Pero este sueño, este triste sueño, está atormentado con pesadillas. Por lo que hace á la otra capacidad, á la capacidad de soñar, ésta se nos fué con la capacidad de obrar y estoy seguro de que sólo volveremos á ser

capaces de acción robusta y viva, si de ello volvemos á serlo, cuando lo seamos de soñar con ahinco.

El momento de reflexión en que nos percatamos dentro del ensueño de que estamos soñando, suele ser un terrible momento para la vida de acción. Cuando al que sueña se le ocurre preguntarse ¿si estaré soñando? es que no anda cerca del despertar, y de un despertar muy amargo. En el profundo sueño no suele soñarse que se sueña.

Acuérdome ahora de nuestro gran soñador, de Don Quijote, y de aquel sublime momento de su ensueño en que al encontrarse en la campaña raga, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, camino de Zaragoza (Cap. LVIII de la segunda parte) topó en un pradillo verde con unos labradores que llevaban, cubiertas con lienzos, las imágenes, de relieve y entalladura, de San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo, imágenes que servirían en un retablo que hacían aquellos labradores en su aldea. Y al verlas exclamó el gran soñador: "Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos, es, que ellos fueron santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquistó á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura, y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase más pasos por mejor camino del que llevo."

¡Crítico momento en la vida de Don Quijote éste en que desciende del sueño de su locura á la vigilia de su cordura, y muestra la duda de que conquiste algo de sustancia á fuerza de sus trabajos! ¡Momento de momentánea contrición! Diríase que se propone volver al ocio de su aldea, á vegetar en ella comiendo mal, ó meterse, más bien, en una nueva locura, en la que se ha llamado la locura de la cruz, en la locura mística. Porque de la misma madera se hacen los grandes aventureros y los grandes místicos, los Cortés y Pizarros y los San Juan de la Cruz y Miguel Molinos, de la misma madera se hacen los grandes hombres de acción y los profundos contempladores. Alguna vez, como en el cardenal Cisneros, se unen una y otra cosa.

Y esto es lo que aquí sostengo; que sólo obra con eficacia y empeño quien se alimenta de la eterna ilusión consoladora, que soñar la acción es lo mismo que actuar el ensueño.

¿Qué llevó á la acción á Don Quijote, y á Colón, y Cortés, y Pizarro y Magallanes y á toda la perdurable raza de los héroes? Un sueño generoso y grande: el sueño de gloria. No digo yo que Cervantes se propusiera simbolizar en Dulcinea del Toboso á la gloria—pues no gusto de atribuir á los autores simbolismos que sus lectores vemos de tras mano—pero siempre he visto en ella, lo mismo que en la Beatriz del Dante ó en la Laura del Petrarca, á la gloria.

La sed de inmortalidad es la fuente de las heroicas acciones; la sed de una ó de otra inmortalidad. Sólo el ansia de sobrevivir, de un modo ó de otro, ahoga el enervante goce de vivir. En el grandioso drama de Guillén de Castro *Las mocedades del Cid*—drama que sirvió de modelo á *Le Cid* de Corneille—exclama al morir Rodrigo Arias: ¡muera yo, viva mi fama!

Este soberano ensueño de la inmortalidad, esta flor fecundísima y esplendente de aquel esfuerzo por perseverar indefinidamente en el propio ser, esfuerzo que constituye según Spinoza la esencia misma de cada cosa, ese soberano sueño es el padre de las acciones duraderas y grandes.

Cromwell, otro gran soñador, cuya alma estaba llena de las esperanzas y temores de ultratumba, Cromwell fué un vigoroso hombre de acción, que dió á su patria un gran empuje hacia el predominio. Y recientemente Cecilio Rhodes, el Napoleón de Africa, ¿qué ha sido sino un gran soñador? Sus doctrinas, tal cual nos las expuso Stead, ¿son algo más que misticismo darwiniano? La sobrevivencia del más apto, *the survival of the fittest*, entendiendo por el más apto el más inglés, ha llegado á ser un principio tan místico y tan de fe como cualquiera de los más recónditos dogmas de la religión más esotérica. Porque ¿qué es decir que sobrevive el más apto?

Si vamos á estrechas cuentas resulta que el único criterio aceptable para juzgar de quien sea el más apto de sobrevivir es ver quien sobrevive, y así el decir que sobrevive el más apto, siendo el más apto el que sobrevive, equivale á tanto como decir que sobrevive el que sobrevive, á lo que llamamos en castellano una perogrullada y en inglés llaman *a truism*.



2-55 RECOGIDO EN "De esto y aquello" tomo I

¿Quién es el más apto? Donde no hay escape el gato es más apto para comerse al ratón que éste para no dejarse comer; pero donde hay un agujerito por donde el ratón cabe y el gato no, aquél es más apto para escaparse que éste para cojerlo.

La civilización no es algo estadizo y si la ley de la evolución—honor científico del pasado siglo—es una verdad fuera de vida, ha de evolucionar la ley misma conforme á lo cual evolucionan los seres. Hay cambio de las cosas y ley de ese cambio, pero á su vez cambia la ley del cambio y obedece á ley en su cambiar, siguiendo así el proceso todo. De donde resulta cierto aquello de Hegel de que sólo es estable la inestabilidad.

Y ¿quién nos dice de que lo que á los pueblos motejados de moribundos por los soberbios, los hace más ineptos para el tipo de civilización que hoy priva y triunfa en el mundo, no sea esa misma su actual ineptitud lo que les haga mañana más aptos para un diferente tipo de civilización futura?

¡La sobrevivencia del más apto! ¡Vaya una fórmula! Del más apto para qué? Para sobrevivir sin duda. No han faltado médicos que se hayan pronunciado contra la vacuna fundándose en que la viruela se lleva á los niños débiles y selecciona la raza. Sí, la viruela se lleva á los niños débiles. . . . para resistir la viruela, y los más ineptos para resistirla pueden ser los más aptos para otras muchas cosas. La fórmula de la sobrevivencia del más apto ó es una enorme perogrullada ó no quiero decir de verdaderamente científico, no siendo más que una profesión de fe.

Sí, una profesión de fe, una robusta profesión de fe, una afirmación de vivificante ensueño. Porque esos pueblos é individuos que enarbolan la bandera de la sobrevivencia del más apto es que

creen, creen por fe, creen en su propia mayor aptitud, se creen inmortales ó poco menos. Sueñan y porque sueñan, obran. ¡Bendito ensueño!

El profundo pensador norte-americano William James dirigió á los clubs filosóficos de las Universidades de Yale y Brown un hermoso discurso sobre la voluntad de creer, *the will to believe*. La voluntad de creer es la voluntad de sobrevivir y sólo la voluntad de sobrevivir nos lleva á la acción heroica, lo repito.

Un ilustre escritor alemán emprendió cuando tenía más de 80 años la publicación de una vasta obra que le exigiría años de trabajo y al advertírselo contestó: "No, no me moriré hasta concluir-la." Y alguien comentándolo decía que el anhelo de llevar á término su obra le mantuvo en vida hasta pasar de los 90 años. Más bien creería yo que al emprender el largo trabajo y ponerse á obra de tanto aliento á los 80 años cumplidos era porque sentía dentro los diez años más de vida, era porque creía sobrevivir á su obra.

Y nos dicen á los españoles—é hispano-latinos—que no soñemos, que despertemos, que volvamos en nosotros mismos, que olvidemos nuestras mentidas glorias. Es el camino para que no actuemos.

No! soñemos nuestra inmortalidad, soñemos que volverá á tocarnos la hora, soñemos en hacer un mundo en que nuestra relativa ineptitud de hoy se trueque en la aptitud mayor, soñemos, alma, soñemos

á reinar, fortuna, vamos no me despiertes si sueño.

Salamanca, Diciembre de 1902.

MIGUEL DE UNAMUNO.

MUERTOS DE PEGA

ESO de que la muerte infunde general respeto, es una tontería. Hay quien se pitorrea del peliagudo trance porque tenemos que pasar todos ó casi todos y quien desprecia á los seres pusilánimes que tomamos en serio el *último suspiro*.

Si he de ser franco, mofarse de la aterradora guadaña me parece el colmo del atrevimiento, pero hay algo peor todavía. Lo grave es que más de cuatro desahogados han sacado dinero á los inocentes, poniendo por pretexto una defunción.

Recuerdo que una mujer se presentó cierto día en la Sociedad de Damas Protectoras de los Pobres, manifestando, toda acongojada, que su esposo acababa de morir y que no podía enterrarle por falta de recursos.

—Pues váyase tranquila—la contestaron—que la Sociedad acudirá á socorrerla inmediatamente.

Y en efecto, media hora después de solicitado el auxilio, una de las caritativas damas subía por la escalera de la casa mortuoria.

Al llegar al piso quinto llamó en la primera puerta, franqueándole la entrada un chico de diez ó doce años.

—¿Es aquí donde ha muerto hoy un pobre hombre?—preguntó.

—¡Sí, señora, mi pobrecito padre!—exclamó el muchacho tristemente, mientras la hacía pasar á una guardilla pobre y nauseabunda.

El cuadro que se presentó entonces á los ojos de la noble dama, fué en extremo doloroso.

Sobre un camastro sucio y miserable, descansaba el cadáver de un hombre, joven todavía. Su rostro demacrado y pajizo inspiraba terror, y eso, unido al aspecto de aquel cuarto, bastaba para conmovir al corazón más duro. A los pies de la cama, la viuda inconsolable lloraba amargamente, y el desgraciado niño daba de vez en cuando desgarradores gritos llamando á su padre, como si quisiera resucitarle con su voz angelical.

—¡Mucha resignación!—exclamó la señora conmovida.—La

Sociedad me ha entregado estos veinte duros para ustedes. Adiós...

Y abandonó el cuarto, sin escuchar las innumerables frases de agradecimiento de aquella atribulada familia.

Ya en el portal, la señora se detuvo de pronto y exclamó para sí y para un servidor de ustedes, que lo oyó al pelo:

—Veinte duros me parecen pocos. ¿Qué va á hacer esa infeliz con cien pesetas?...

Tras de meditación tan breve, la señora volvió de nuevo escaleras arriba, decidida á dejar otros veinte duros de su particular bolsillo. Pero excuso decirles la cara que pondría, cuando al llegar al sotabanco vió por una ventana que daba al corredor, que la viuda inconsolable, el huérfano infeliz y ¡el cadáver! estaban brincando alegremente, mientras el mismísimo difunto decía lleno de júbilo:

—¡Esta noche á la Bombilla á emborracharnos!

Otra combinación *mortuoria*, muy parecida á la anterior, aunque más cómica, la realizaron cuatro sujetos *frescos* y necesitados como ellos solos.

Amigos íntimos y arrojados de todas las casas de huéspedes por tramosos, resolvieron no separarse nunca, para lo cual alquilaron un piso bajo exterior, en una calle cuyo nombre maldito si importa.

Sin elementos seguros de vida, empeñando y vendiendo siempre, muchos días quedábanse sin comer.

Una mañana observaron que no quedaba en la casa nada que valiera cinco céntimos.

—¡Todo se ha concluido!—exclamó uno de ellos.

—¡Todo no; estamos salvados, si

hay quien se atreva á hacer lo que yo diga!

—¡Yo me atrevo, sin saber de qué se trata!—replicó otro, que parecía el "espíritu de la golosina."

—Pues se trata de que te finjas muerto.

—No comprendo.



Del periódico AMSTERDAMMER.—El emperador Guillermo á la Justicia: "Vete, sal de mi país, soy yo quien tomará tus balanzas y las haré marchar según mis intereses."